

Durante los últimos años de mi vida he tenido que permanecer encerrado entre los muros a los que llamo hogar, lejos de la luz. Solo de noche me permito salir hasta el bosque que rodea mi soledad, aunque su oscuridad es idéntica a la de mi habitación, lo hago con el único objeto de poder respirar el aire fresco que expelen los árboles. Tengo miedo de que mi perseguidor aparezca otra vez, siempre ha estado afuera esperándome, eso lo sé. Solo espera una breve salida de mi escondite para volver a atormentarme,

lo presiento. Mas cuando descubrí su debilidad, pude descansar en paz por vez primera. Él nunca aparece mientras permanezco en la oscuridad, se alimenta de la luz... Y de mi temor.

Apenas hoy cumplí el cuarto lustro de mi vida. Y los últimos diez años los he pasado encerrado sin ver luz alguna, pues estoy seguro de que, cuando incluso un diminuto rayo solar caiga sobre mi espíritu, hará aparecer al ser que me atormenta desde mi infancia. Mi perseguidor.

Pasé mi vida corriendo,

da, y lo único que encuentro es a mi corriendo intentando alcanzar el sol... Siendo perseguido tenaz e incansablemente por el ser de ébano.

*Y en la densa oscuridad me escondí para siempre y pude al fin vivir en paz, sin el temor a ser atrapado por un demonio cuyo propósito siempre me fue desconocido.*

desde el accidente que ocurrió cuando aún era un niño. Era de madrugada y la casa comenzó a consumirse tras un repentino incendio, provocado quizás, por el espectro informe que aún me persigue. Mientras intentaba ponerme a salvo, un pilar cayó sobre mí golpeando fuertemente mi cabeza. Olvidé todo recuerdo, ignoro si tuve o tengo familia. Pero esa noche, mientras corría del peligro tras mí con el rostro sangrando, mi perseguidor eterno apareció por primera vez justo frente a mí, con una forma alargada y de-

forme se quedó inmóvil, mirándome. ¿Cómo podría describir los sentimientos de horror en un niño al ver semejante ser de ébano, cuyos movimientos ondulantes hacían parecer a los árboles que lo rodeaban tan monstruosos como él?

Desde ese día debí correr por mi vida. El solo recuerdo de su forma y su halo celestial me obliga a mirar alrededor, temiendo por mi vida, para saber si está cerca. Con diez años recorrí tierras enteras huyendo siempre hacia el oriente, alimentado en mi camino por

terminó cayendo al piso, pero tampoco hubo reacción. Y cuando, tímidamente, intenté acercarme un poco más, hizo un gesto con sus brazos en agresiva forma y, como lo había hecho por tantos años ya, corrí a esconderme. Para nunca volver a salir.

Hogaño mi única compañía son los roedores que antes de mi llegada ya habitaban el castillo, ellos me dicen que hora y que día es con sus meros actos de presencia. Llevo toda una vida intentando recordar sin éxito alguna memoria perdi-

bosque y pude al fin encontrar los muros de mi hogar. Me escondí, y el espíritu maligno desapareció. Cobrando valentía, me decidí aparecer nuevamente fuera de mi guardia cuando se hubo de noche. Fuera del bosque una tierna y débil luz iluminaba tristemente el puente de piedra. El mundo parecía estar hecho de plata. El mundo... Y mi perseguidor.

Con temor y cautela me acerqué al puente mientras él me vigilaba, esperé que mencionara su intención, pero no lo hizo. Le lancé una piedra que

animales y frutas silvestres. Convertido en un salvaje y caminando desde el amanecer hasta el mediodía. Cuando mis infantiles piernas ya no resistían la fatiga física, descubrí, a mi placer, que solo era en las noches más oscuras cuando podía estar tranquilo, sin el ojo vigilante sobre mí, observando siempre, desde mi espalda. Cuando hice ese descubrimiento encontré lo que es ahora mi hogar, un edificio abandonado construido en una época ya olvidada. Rodeado de un denso bosque al que ni el disco de pla-

ta en el cielo tiene el valor de entrar. Así llevo diez años, pero aún no hay tregua entre mi perseguidor y yo.

Hace un par de años, cuando decidí vivir nuevamente entre la gente como un hombre, a mediodía salí en dirección al pueblo más cercano, a mitad de mitad de día de distancia. No había rastros del incansable perseguidor hasta que crucé un puente de piedra para llegar al rústico pueblo. Ahí estaba, ¡Bajo el agua! Me paralicé del miedo y al igual que la primera vez que apareció, me mi-

ró fijo mientras su silueta ondulaba. Él me eligió, de todas las personas que existen en el mundo, él me eligió a mí para convertir su vida al único objetivo de destruir la mía. Corrí hasta mi oscuro hogar para perderle la vista, pero con increíble rapidez pudo seguir todos mis movimientos. “¡Vete!”, le grité, “¿Quién eres demonio, que intentas hacer miserable mi vida?”, “¿Por qué a mí elegiste y por qué permaneces en tu terca tarea de vigilarme?”. Mas no hubo respuesta alguna.

Me perdí en el denso